



MERCADO DE TOLEDO. TOLEDO

En un día de verano

JAIME GALLARDO ALAMILLO

Esta mañana, mientras me dedicaba a tirar inútiles papeles, encontré una vieja foto hecha en una Polaroid. Al principio no me di cuenta de lo que se trataba, pensé que sería una foto más de la familia, de algunas vacaciones o vaya usted a saber; sin embargo, despertando un poco más mi curiosidad, me acerqué a la pequeña ventana del cuarto, y descubrí que en esa vieja foto estaba yo. Sí, estaba yo con unos 18 años recién cumplidos, junto a cuatro chavales más. La foto estaba tomada en el Mercado de Toledo. De repente, de forma súbita, todas mis neuronas comenzaron a funcionar para traerme los recuerdos de aquel verano de 1978, donde yo, junto a cuatro chavales más, habíamos entrado a trabajar como mozos, para descargar camiones o realizar actividades varias, principalmente de recaderos en el Mercado Municipal de Toledo. Alguien había tomado esa foto con una Polaroid, pero no me acordaba quién lo había hecho. Fue un verano caluroso, como todos en Toledo, pero a la vez lleno de pequeñas aventuras trabajando en aquel mercado; no sólo aprendí a descargar jamones y sacos de patatas, aprendí un poco más de la vida a través de todas aquellas personas que trabajaban en aquel lugar, incluso de mi jefe.

Todo había comenzado una mañana de sábado, justo donde me encontraba ahora mismo mirando con detenimiento la imagen, pero 27 años antes, ese cuarto había sido mi habitación, en la casa de mis padres, estratégicamente situada en el viejo Toledo, muy cerca de la Catedral, en un viejo caserón donde los siglos no se intuían sino que se palpaban. Una típica casa toledana de patio, con macetas y un aljibe en su patio, alrededor varias casas de vecinos en dos pisos, patio de madera con vigas y chapatas de madera, con fuerte olor a antiguo y a siglos, posiblemente ese patio ya estuviese allí tal cual desde los tiempos de Garcilaso de la Vega. En una de esas casas del segundo piso habitaba mi familia, y en una de esas habitaciones dormía y estudiaba yo. Aprovechando una de esas horas de sueño mañanero de un sábado de finales de junio, mi padre, de bastante mal humor,



irrumpió en mi habitación sin lo que hoy en día hubiéramos calificado de delicadeza. Era un día de junio, recién acabados los exámenes de selectividad, donde después de un duro año de estudio, a lo único que aspiraba era al paso del tiempo y del verano para ir a estudiar a Madrid, a la Universidad, y poder marcharme de mi casa definitivamente. Pero mi padre tenía planes diferentes para mí ese verano; verano diseñado por mí como expresión máxima del vago y el pasotismo, ya sabía yo que debía aprovechar aquel último, donde por falta de dinero, mi máxima perspectiva era irme algún día a Madrid con los colegas y deambular por Preciados, Sol o la Gran Vía, mirando como un paleta de

provincias a las furcias de Montera o a los grandes cartelones que promocionaban los últimos estrenos en los cines de Gran Vía. El otro factor vital en mi vida en ese mes de junio eran los Mundiales de fútbol de Argentina 78. En aquel entonces los amigos nos reuníamos a la hora que fuese en la casa que tuviera un televisor en color, auténtico descubrimiento de aquel verano para mí.

Mi padre no quería que me dedicase a no hacer nada en ese verano, y no quería mantener a un parásito en su casa más, aunque fuese por tres meses. Y para mí un verano en Toledo en aquella época suponía bastante poco que hacer. Pero claro, cuando se tienen 18 años recién cumplidos y muchos de tus amigos y conocidos se van a veranear a Fuengirola o Gandía y tú te quedas en Toledo, sospechas que la vida a veces no es justa.

Así fue como mi padre una vez dentro de mi habitación, me dirigió un pequeño discurso muy cuartelero que venía a ser algo así:

–Se acabó el hacer el vago, me tienes hartos con la historia de irte a Madrid en septiembre y haber aprobado todo. Te crees que el mundo está hecho para vivir y pasarlo bien, pues una mierda, no quiero vagos en casa.

Fue así como me dijo que el lunes siguiente, justo después de aquella final gloriosa entre Argentina y Holanda del 25 de junio de 1978, con actuación magistral de Kempes, debía estar a las siete de la mañana en la puerta del Mercado, y que esperase al encargado. Mi padre sólo me había concedido cuatro días de tregua y vacaciones desde que había terminado la selectividad hasta empezar a trabajar. La verdad es que para mí eso de empezar a trabajar en el Mercado era una cosa bastante neutra en ese momento y en principio la noticia no provocó en mí ningún tipo de reacción ni adversa ni positiva; así que, cuando mi padre se marchó, seguí plácidamente tirado sobre mi cama. Conocía a algún chaval que iba allí a sacarse algunas pelillas trabajando como recadero o descargando lo que fuese, pero la verdad es que siendo hijo de quien era en la ciudad, habiendo terminado el bachillerato y yendo a Madrid en octubre a estudiar ingeniería de Caminos, trabajando y descargando sacos de patatas, no, la verdad es que no lo había pensado nunca. El dinero no era una urgencia para mí aún, y lo poco que necesitaba para los vicios y aficiones lo conseguía sin mucha dificultad.

Junto a mí, en esa mañana clara y soleada de finales de junio, había cuatro chavales de más o menos mi edad. Alguno de ellos había estudiado conmigo y al resto los conocía de vista –eso era muy normal en el Toledo de la época–, una especie de gran familia mal avenida donde todo el mundo sabía de todo el mundo. Todos esperando en la puerta del Mercado con cara de sueño y fumando Ducados las tres cuartas partes del grupo. El Mercado a esa hora de la mañana tuvo para mí un aspecto bastante terrible, supongo que a causa del sueño, las pocas ganas de trabajar y responsabilidad de tener que aguantar como fuese, si no quería oír las voces de mi padre, la conmisericordia de mi madre y las risas de mis hermanos mayores.

El Mercado, bastante conocido por mí, al igual que el resto de toledanos, por constituir prácticamente el único lugar amplio de venta de frutas, pescado y carnes en toda la ciudad en aquella época. Era una construcción típica de ladrillo y metal de primeros de siglo, como rezaba una placa a su entrada. Había terminado de construirse en 1912, después de una azarosa construcción debido a que su primer arquitecto, sin tener demasiada idea de las artes constructivas, había dejado a medio hacer la estructura de vigas de hierro sin saber cómo solucionar el cierre de la cubierta, teniendo que ser un oficial de Ingenieros quien

encontrase la solución definitiva al problema y terminado el edificio bastante tiempo después de haber comenzado las obras, para desesperación de las corporaciones municipales. La verdad es que ese problema de paralizaciones y obras a medio hacer ya era muy frecuente en el Toledo de primeros de siglo y, curiosamente, hoy en día también. Con todo, el acudir al Mercado no constituía una tarea primordial en mi vida hasta ese día; mi madre era la encargada por supuesto de ir al Mercado para hacer la compra cuasi diaria y de paso comentar con las vecinas y conocidas que se encontraba allí, el devenir de los hechos sociales y políticos de la ciudad y el país de aquel entonces. Como comenté antes, el Mercado era el centro focal donde conseguir suministros alimenticios para los habitantes de Toledo y hoy sigue siéndolo, aun con las lógicas transformaciones de éste y las formas de vida. En otros tiempos sirvió como centro de vida social y de estado de ánimo de los toledanos. Fue así, trabajando en el Mercado, donde más o menos me llegué a enterar de la futura Constitución, despertando en mí una ligera conciencia política, aunque yo prefería seguir hablando del juego de España en el último Mundial, el gol fallado por Cardeñosa ante Brasil y nuestra séptima posición final. Más tarde, ya adentrado el mes de julio, y entre ida y venida a los puestos, uno escucharía comentar las noticias de actualidad de aquel verano, desde la entrada de la Policía en la Plaza de Toros de Pamplona, en los Sanfermines, al estallido del camión cisterna en el camping de los Alfaques. Para un chaval que vivía en una pequeña ciudad, la aproximación a la vida del mercado fue también un pequeño agujero por donde ver el mundo de una forma un poco diferente a como lo había hecho hasta entonces, a la vez ganar mi primer dinero, como se dice vulgarmente, espabíllame y, por supuesto, conocer muy bien lo que pesa un saco de patatas de 50 kilos.

Esa mañana de junio, aún fresca, pero que hacía presagiar los calores que vendrían a lo largo del día, estábamos allí cinco chavales; rápidamente uno de ellos comenzó a hablar de lo que nos podría esperar mientras los otros escuchábamos. Después de unos minutos, yo me puse a hablar con el muchacho que más conocía y que había estudiado en mi clase, Rafa, que era a la vez vecino mío, me acuerdo que mis primeras palabras con él fueron.

—¡Joder Rafa, tú también aquí! Tu viejo ha debido hablar con el mío.

Allí seguíamos los cinco, esperando a que alguien nos llamara o nos viniera a buscar, mientras yo seguía hablando con Rafa, ahora un poco separados del grupo y sentados en las escaleras del Teatro Rojas.

—Ya ves, tío, mi padre me vino diciendo que no me aguantaba más en casa, que nada más de billares y vaguitar; ¡A trabajar!, que tenía que hacer algo útil y de provecho.

—Ufff, Rafa, me parece que nuestros padres debieron de hablar porque es lo mismo que me soltó el mío —le respondí.

Ese fue el comienzo de una buena amistad entre Rafa y yo, por lo que seguimos hablando de cómo habían acabado nuestros compañeros de clase y sobre nuestros planes de futuro para septiembre; un gran vozarrón nos sobresaltó, era el encargado que venía hacia nosotros.



—¡¡¡A ver!!! ¿Quiénes sois los nuevos?

El pequeño grupo alzó al unísono los brazos, ese fue el comienzo del trabajo, en ese verano. Durante mi charla con Rafa, había empezado a prestar atención al vertiginoso movimiento que se estaba empezando a producir alrededor del Mercado con la llegada incesante de pequeños camiones de reparto y furgonetas que rápidamente eran descargadas por mozos fuertes y acostumbrados a mover pesos enormes. Justo todo lo contrario a lo que yo estaba acostumbrado. Solían ser pequeños camiones Avia o Ebro y furgonetas DKV, que casi en procesión llegaban por la calle de las Pescaderías. Me llamó la atención la

facilidad y la rapidez con la que se descargaban los camiones y furgonetas, y la mercancía era introducida en el interior del Mercado y de ahí a cada puesto o a las cámaras frigoríficas de los sótanos.

El encargado de las descargas, al que conocía de vista, era conocido como Juan el Trepanocha. Desconocía el porqué de su apodo, supongo que mi padre si lo sabría ya que lo conocía de toda la vida. Juan el Trepanocha era un tipo que imponía, en cinco minutos ya nos había llamado, eso sí de una forma "cariñosa", lentos y viejos a los mozos que descargaban los camiones que se encontraban aparcados en frente de la puerta del Mercado, unas cien veces. Gordo, enorme y con un gran bigote, tenía un vozarrón imponente.

—Bueno, señoritos, ya conocen ustedes las reglas, así que no se las voy a explicar otra vez, eso sí, quiero puntualidad de cojones, os quiero a las siete en punto todos los días y trabajando hasta la una. Quien se retrase, le descontaré la parte proporcional; a las diez, descansáis veinte minutos y después los tenderos os dirán lo que tenéis que hacer. ¿Alguna pregunta? Pues ya sabéis, a descargar, pero antes tenéis que echar unas firmas.



Yo, la verdad, es que desconocía las condiciones de las que hablaba el Trepanocha a excepción de lo que había dicho ahora, tal era así que no sabía ni lo que iba a ganar, suponía que eso lo hablaría con mi padre. Y ciertamente no tenía muchas ganas de preguntarlo para no quedar demasiado estúpido delante del resto de los nuevos. Todos los chavales escuchamos atentos y alguno más asustado que otro el discurso del que sería nuestro jefe; sin embargo, había uno que se había inmutado poco y que había recibido las voces del jefe con gran indiferencia; yo le había visto alguna vez, pero no le conocía. Este chaval, que debía tener algún año menos, demostraba tener bastante más desparpajo que el resto, como las semanas posteriores

demonstraron con creces. Se hacía llamar el Joako y vivía en el barrio de Corea, en aquel entonces muy conocido por el resto de los habitantes de la ciudad por ciertas cuestiones que no vienen a cuento. Cuando el jefe nos dirigía a su oficina para echar las firmas, el pequeño grupo de futuros mozos descargadores comenzó a comentar las duras pruebas a las que sería sometido, así comenzó una pequeña amistad que acabaría con la llegada de septiembre para la mayoría del grupo.

Ninguno de nosotros destacaba por su musculatura hercúlea, y la mayoría del grupo debía encontrarse allí por auténticas necesidades financieras suyas y familiares. Sin embargo, Rafa y yo estábamos allí para conocer de cerca y pedagógicamente lo que era la vida real y dejáramos de zanganear despreocupadamente por Toledo. Como la idea de tener que trabajar aquel verano había llegado tan de repente, ni siquiera había pensado muy bien qué hacer con mi primer dinero ganado, pero en un momento de iluminación fugaz, cuando iba a estampar mi firma sobre lo que debía ser un contrato, decidí emplear parte de ese dinero en comprar un disco de Police que había visto en un escaparate unos días antes en Madrid, pero a un precio prohibitivo para mis escasos recursos financieros, que mejorarían algo con el nuevo trabajo. ¡Bendita despreocupación!

Tras estampar la firma en un papel azulado y mecanografiado a máquina, y que no tuve ni ganas ni tiempo de leer, comenzaba el momento que ahora veo lleno de seriedad, pero que en aquel entonces ni lo debí notar, de un pequeño cambio en mi vida. Quién sabe, quizás después de ese momento me alejé para siempre de la vida de un chaval tranquilo y despreocupado, para entrar en el mundo del trabajo, las preocupaciones y la supervivencia, en definitiva, el mundo de los adultos. Después, por las tardes, cuando no trabajase, podría decir a mis colegas que trabajaba de mozo de descarga y de recadero, en el Mercado, no creo que me envidiaran demasiado. Excepto por disponer de más dinero para gastar. Sin embargo, lo que pude aprender durante esos dos meses fue mucho más de lo que yo jamás hubiera pensado; mientras, esperaba a que el jefe se aproximara a nosotros y yo hablaba del curso ya terminado con un compañero de Instituto.

Comparando los recuerdos de aquella mañana con la realidad de hoy, el Mercado de antes y el Mercado de hoy creo que cambió completamente, como no podía ser de otra manera, las cosas cambian y nosotros no podemos hacer nada contra eso, pero el microcosmos que formaba en aquella época ya feneció para siempre. El Mercado de 1978 mantenía sus puestos tradicionales, regentados por personajes que casi todo Toledo conocía, gran parte de ese espíritu se perdió con la reforma de 1985 y readaptaciones posteriores destinadas a reforzar la fatigada estructura de metal. La nueva estructura de metal amarillo que se superponía a aquellas viejas vigas mostraba metafóricamente como parte de ese Toledo de toda la vida estaba desapareciendo.

Después de firmar, Juan el Trepanocha me preguntó:

—¿Tú eres el hijo de Agustín?

—Sí le respondí. A lo que el añadió:

—Tu padre me ha pedido que te meta caña, que estás muy blando y que sólo te has dedicado a estudiar y quiere que te espabile antes de irte a Madrid —todo esto lo dijo en un tono entre sarcástico y medio paternalista. Lo que no supe cómo cogerlo, si un simple aviso o una advertencia de lo que me esperaba allí. Juan el Trepanocha siguió advirtiéndome:

—Pero tú, tranquilo, hoy cuando termines te vas a arrastrar como una culebra y te dolerá todo el cuerpo como nunca antes, pero tranquilo, en dos semanas estarás acostumbreado —mientras me decía estas palabras yo observaba su descuidada oficina, con papeles por todos los lados y un aspecto como si el tiempo no hubiera pasado, quedándose estancado en los 50, por lo menos, comenzando con su vetusto teléfono esa afirmación podía ser verdad. Su oficina se encontraba en uno de los laterales del Mercado, en lo que hoy son unos aseos públicos. Curioso cambio.



Todos los nuevos salimos a la calle a empezar nuestra tarea, realmente esos dos meses veníamos a sustituir a los chavales que dejaban el oficio por otros más rentables. Y no porque se fuesen de vacaciones, cosa reservada sólo para algunos privilegiados en aquella época. En treinta segundos me di cuenta de la mecánica del trabajo, al mismo tiempo que los tres mozos veteranos comenzaron a meterse con nosotros como si de un cuartel se tratara. Sólo uno de los nuestros era ducho en el transporte de mercancías, corderos congelados y cajas de hortalizas. A veces teníamos que ser dos los que transportáramos las mercancías, cuando los mozos veteranos lo hacían ellos solos. Comencé a sudar muy pronto como un loco y empecé a notar cómo los músculos de mis brazos empezaban a tener espasmos sin que yo les ordenara ningún tipo de movimiento consciente. Juan el Trepanocha nos observaba con una sonrisa irónica mientras descargábamos un camión frigorífico que traía pollos y huevos. El muy capullo se dedicaba a lanzarnos “ánimos”. En un par de minutos tuve que aprenderme dónde se encontraban los puestos y qué se vendía en cada uno de ellos. El Mercado tenía una disposición central y un pasillo que lo circunvalaba. Sin demasiado esfuerzo comenzamos a despertar la lástima y la compasión de las tenderas de los puestos; cuando dejábamos la mercancía en algunos de ellos, nos solían ofrecer agua de un botijo y alguna frase con mucha sorna.

Recuerdo perfectamente los comentarios y la comidilla de los tenderos y tenderas mientras colocaban las mercancías en sus puestos, hablaban de lo caro que estaba todo y lo poco que se vendía a causa de la crisis económica. La mayoría de ellos llevaba desde tiempo inmemorial en sus puestos, formando una estrecha unidad cuasi familiar y de confianza con sus clientes en su mayor parte, como mi madre. Mi madre acudía casi todas las mañanas al Mercado y me temía el momento en que me la cruzase por su reacción típica de madre, un poco histérica y de preocupación por su hijo en el primer día de trabajo. Para evitar todo lo anterior, quería no encontrarme a mi madre.

Juan el Trepanocha sabía muy bien cómo mantenernos ocupados, mientras llegaban los camiones nos mandaba cambiar mercancías y productos de un lugar a otro del Mercado, con el resultado de que nunca

tenías más de dos minutos para respirar. Mientras me asociaba con Rafa para transportar los bártulos más pesados, éste no dejaba de repetir “esto tío es tremendo, me muero”; a mí, la fatiga del trabajo me hacía que ni siquiera pudiera articular palabra, contentándome con respirar todo el oxígeno posible. Rafa no había estado muy avisado viniendo al primer día de trabajo con unos vaqueros acampanados. Por mi parte, oliéndome lo que podía ocurrir, había preferido unos vaqueros raídos y recortados.

Por fin, a las nueve en punto, el Mercado se abrió al público, en ese preciso instante pensé que ya sólo me quedaban cuatro horas más de trabajo, aunque no estaba seguro de poder aguantar tanto tiempo a ese ritmo vertiginoso de transportar sacos y cajas. Poco después, apiadado por nuestros gestos de descomposición, Juan el Trepanocha nos dio una voz a los nuevos, y con un tono pretendidamente femenino nos indicó que podíamos tomarnos el bocadillo durante los próximos veinte minutos. Los nuevos chavales nos agenciamos unas barras de pan, salchichón y unas cocacolas, que compartimos en las escaleras del Teatro Rojas. Sólo el chaval que venía de Corea parecía impertérrito en las horas de trabajo, se le veía acostumbrado, rápidamente se mostró como el líder del pequeño grupo de recién llegados, preguntando al resto a qué se dedicaba, él mismo contó su propia historia mientras se liaba un porro. Como ocurría muy frecuentemente en aquella época, su padre se había quedado en paro e iba a Madrid a buscar trabajo en lo que fuese, y él mismo tenía que trabajar en lo que fuere para sobrevivir y llevar él también algo de dinero a su familia. Eso me hizo pensar, mientras masticaba mi bocadillo, si realmente era justo que yo, que no necesitaba el dinero, estuviese allí sólo por una cuestión de tiempo libre o si mis expectativas consumistas, cuando cobrara mi primer salario, serían justas.

Justo a los veinte minutos del descanso, Juan el Trepanocha bramó desde la puerta del Mercado con una caja de pescado de por medio que estaba en ese momento llevando hacia dentro para decírnos:

–Se acabó el descanso, vagos; ahí tenéis más camiones para descargar, así que venga, a espabilar.

Así era para espanto mío y el de mis músculos, dos furgonetas cargadas con cajas de melones y sandías estaban aparcando en ese momento para poder ser descargadas, mientras un guardia urbano, con bastante poca fortuna, intentaba dirigir la maniobra de aparcamiento mientras atascaba la calle. Por fortuna para mí y Rafa, lo de la descarga duró poco y una de las tenderas prometió regalarnos un melón a cada uno, desconozco si tan magno gesto vendría al observar nuestro lamentable estado, sudando a raudales y Rafita acarreado los melones con la lengua fuera como un perro.

Por fin, todo el infierno parecía que terminaba cuando Juan el Trepanocha reunió a todos los mozos de descarga y en un tono paternalista nos dijo:

–Ya se acabaron los camiones por hoy, ahora os toca ir a los puestos y allí os dirán dónde tenéis que hacer el reparto a las casas, ya sabéis que no hay carros para todos –con una lista fue diciendo quién tenía que ir a dónde. Visto como había sido la mañana hasta ese momento, que tuviera que irme por las calles, con las bolsas de la compra de no sé qué señora, era bastante mejor. Al final me mandaron a un puesto de frutas y verduras, por supuesto los pequeños carritos que hacían el reparto más fácil y rápido les habían caído a los veteranos, así que los nuevos como pardillos tendríamos que hacer el reparto a pulso. Me presenté a la tendera, una señora campechana, a la que ya le había llevado alguna caja con pimientos antes, me dio la bienvenida de nuevo casi sin prestarme atención, mientras atendía a una viejecita que pedía un kilo de

tomates para gazpacho. Mi tarea básica era repartir las bolsas de la compra, algo que comparé a un excitante rally por la selva, aunque la primera salida me hizo ver que el trabajo era mucho menos excitante de lo previsto. Cada bolsa tenía asignado un papel con un nombre y una dirección, evidentemente las clientes que habían dejado las bolsas esperaban que rápidamente se las llevaran. Y como la tendera me advirtió, cuanto más rapidez mayor propina. Intenté idear un sistema para hacer pocos viajes, pero pronto me di cuenta que mi limitada estatura y musculatura me impedían llevar demasiados kilos encima, uno siempre había sido un tirillas y había odiado el deporte en el



Instituto. Lo único que había que saber era el nombre de los múltiples callejones, adarves y recovecos del viejo Toledo, algo que para mí no constituía ningún secreto. En aquel entonces aún no había comenzado el gran despoblamiento del casco histórico y entre sus muros se agolpaba la mayor parte de sus habitantes.

Con un poco de suerte lograría terminar el trabajo antes de la una y dormir una gran. Mi jefa en ese momento me advirtió de los peligros del transporte de sandías en bolsas de plástico, ya que con frecuencia salían rodando por debajo de las bolsas. Evidentemente yo pensé que algo así sólo podía ser una leyenda urbana. Pues por fin había ya agrupado las bolsas y me disponía a emprender el reparto, cuatro bolsas y una de ellas con una voluminosa sandía a rayas que al menos pesaría seis kilos para mi gran desgracia, y las asas de la bolsa se me clavaban en los dedos.

Por suerte, la casa a donde tenía que ir estaba cerca; me dirigí hacia la puerta del Mercado, atestado de gente en ese momento, y salí muy ufano con las ganas que tenía de comprobar si lo de las propinas era cierto, cuando de repente la bolsa que llevaba la sandía se rasgó y la carga que contenía cayó al suelo e inmediatamente comenzó a rodar cuesta abajo como si de un balón de fútbol se tratara. Mis dos primeros segundos después de ver rodar la sandía fueron de profunda estupefacción e incredulidad. Pero un segundo después comencé una persecución en pos de la sandía que tendría funestas consecuencias para mí momentáneamente. Así, salí corriendo cuesta abajo sin darme cuenta de que una de las furgonetas que había descargado hacía unos minutos salía ya marcha atrás. El caso es que mis costillas chocaron con la puerta de atrás de la furgoneta para espanto mío y de los presentes en el lugar, del porrazo caí al suelo aturrido y mareado. Al espabilarme un poco, me vi en medio de un montón de gente chillándome mientras yo preguntaba por el estado de la sandía. Posiblemente la sandía ya se encontrase flotando en el Tajo o en el estómago de algún espabilado. El caso es que la primera cara que vi nítida fue la de Juan el Trepanocha que con un tremendo ojo clínico ya había diagnosticado que no tenía nada, y la verdad es que en ese momento a mí no me dolía nada aparte del aturdimiento; para corroborar su diagnóstico, vertió sobre mi cabeza una botella de agua. Conseguí ponerme de pie con la ayuda de mis compañeros y el conductor de la furgoneta que no paraba de repetirme, “chaval no te he visto de verdad”. Pero cuando más blanco me puse fue cuando vi llegar a mi madre como una bala gritando por mí y que me iban a terminar de desgraciar. Con la llegada de mi madre, se montó definitivamente el espectáculo y mientras mi madre me insistía para que me fuera a casa, Juan el Trepanocha me retaba a seguir con el trabajo si tenía lo que tenía que tener, supuso por deducción lógica que si me iba, al día siguiente podría seguir durmiendo hasta las doce. Milagrosamente mis compañeros y yo mismo conseguimos convencerla de que no me pasaba nada. Estaba seguro que si el accidentado hubiese sido el Trepanocha, la furgoneta habría acabado como siniestro total y él sin un rasguño. Mientras me reincorporaba, el Trepanocha largó a mi madre un discurso marcado de nostalgia, acusando de blanda a la juventud. Justo en ese momento, y cuando todo había pasado ya, llegó una pareja de guardias municipales preguntando qué es lo que sucedía, aunque se limitaron para suerte mía y del conductor de la furgoneta a preguntar si estábamos bien.

Cuando todo el jaleo había pasado, tenía que afrontar la dura realidad de comunicar a la tendera que toda la fruta que iba en las bolsas de una forma u otra había desaparecido. Por fortuna para mí, la señora fue lo suficientemente caritativa para reponer lo que se había perdido y no hacerme pagar por ello. Supongo que para tal acción influiría mi lamentable estado físico y de apariencia después de haberme restregado contra la furgoneta y el pavimento toledano. La verdad es que me encontraba para el arrastre, pero tenía la determinación de terminar con el trabajo, se lo quería demostrar al Trepanocha y a mi padre. Y sí, lo conseguí, repartí todos los encargos a sus legítimos propietarios sin ninguna equivocación y a cambio había logrado una apreciable suma en propinas. Al cabo de un tiempo elaboré mi propia teoría acerca de las





propinas; si uno se mostraba alegre y encantador a la hora del reparto o incluso me ofrecía a colocar algo, la propina aumentaba sustancialmente. Eso fue algo que Rafa no comprendió, ya que realizaba el reparto como si acudiera a un tanatorio.

Mis compañeros ponían en común las anécdotas que les sucedían en el reparto; pero a mí, la verdad es que vaya usted a saber, me pasaron pocas cosas, aunque tal y como había empezado el primer día prefería que todo fuera tranquilo y aburrido que no con demasiadas emociones.

Pero por fin mi primer y heroico primer día de trabajo se dio por concluido cuando me pasé por la oficina del Trepanocha para

preguntarle si había algo más que hacer, a lo que él me respondió:

—Chaval te has comportado; eres duro, cabrón.

Lo que provocó en mí, para qué negarlo, una suerte de inconmensurable orgullo. En los siguientes dos meses el Trepanocha apenas volvió a hablarme, nunca más tuve ningún problema y conseguí hacer una pequeña fortuna haciendo el reparto a domicilio desde el Mercado, e incluso logré que mi padre me respetara y no me llamara más veces vago. En cuanto a los demás chavales, aguantaron, e incluso el Joako logró quedarse allí para todo el año; el único que no lo logró fue el pobre Rafa, que con sus vaqueros largos consiguió que una mañana de agosto en los que rozábamos los 40°, le diera un golpe de calor y acabó en Urgencias. Por fortuna se recuperó bien, pero en los años posteriores, cuando le mencionaba algo sobre el Mercado, su cara se volvía blanca y cambiaba rápidamente de conversación.

El primer disco que me compré con el dinero ganado no fue, como había pensado, el de Police, sino el de Tequila.

JAIME GALLARDO ALAMILLO
Profesor

MERCADO DE TOLEDO. TOLEDO



El Mercado de Toledo está situado en la Plaza Mayor, en pleno casco histórico de la ciudad, frente a la Catedral y el Teatro de Rojas. Comienzo de los trabajos de construcción en 1896, sufriendo numerosos problemas el proyecto, lo que pospuso su terminación hasta 1915 de mano del ingeniero militar Pedro Fernández Villabrille. Mercado de una planta, construido sobre una manzana irregular, en ladrillo y hierro dentro de un estilo ecléctico y sencillo, donde exteriormente destacan sus persianas fijas y en el interior su armadura de metal.

El Mercado sufrió una profunda rehabilitación en 1985 y a mediados de los noventa una nueva remodelación provocó la desaparición de numerosos puestos, siendo sustituidos por un pequeño supermercado. Así, en la actualidad se combina el mercado tradicional, unos diez puestos, con un pequeño supermercado. En su planta inferior semisótano se encuentra un restaurante.